5130



LA GRANDE DEL MIÉRCOLES

18

MONTEVIDEO - 1912

LA GRANDE
DEL MIÉRCOLES

LEVER DE RIDEAU DE JACQUES COURTELON

Un peu de joie est médecine salutaire par les jours mélancoliques que nous vivons!

ARMAND SYLVESTRE.

VERSIÓN CRIOLLA

MONTEVIDEO
1912.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/lagrandedelmirco12818cour

ALGO QUE PUEDE SERVIR DE PRÓLOGO

Montevideo, Octubre 19 de 1911.

Señor Don ATILIO SUPPARO.

Presente.

Estimado Compatriota:

Me tomo el atrevimiento de adjuntarle algo incalificable, que parodiando á los franceses de principios del siglo pasado, me he tomado la comodidad de BAUTIZAR CON EL INSIGNIFICANTE NOMBRE DE *LEVER DE RIDEAU. Si se toma el trabajo de leerlos, (se pierden 35 minutos en cada uno de ellos), se convencerá que no son copia ni imitación de ningún otro de su índole, por la muy sencilla razón de que creo nadie es capaz de hacerlo tan mal, aparte de repugnarme semejante expediente.*

Vd. habrá visto en los hipódromos, infortunados caballos con diez ó doce boletos, contra miles de sus contrarios... ¿no es cierto?... Con toda seguridad habrá sentido la tentación de sacarle un boletito para cobrar un dividendo gordo, y hacer de cuenta que heredaba de un tío de Indias, si llegaba á hacerse ese BATATAZO... *¿no es verdad?... Pues teatralmente eso es lo que le sucede á su servidor. Mis piezas (?) se cotizan en el Sport de nuestra producción, como extremo OUTSIDER; se las mando... por si llega á hacerse ese* BATATAZO...

609316

Si Vd. pudiera hablarme, sé lo que me diría: que hacen falta brazos para la agricultura, ó que me las viera con Compañías de tercer ó cuarto orden... Á lo primero le diré que lo he pensado desde hace muchos años, pero que me encuentro imposibilitado físicamente para ello, aparte de que sería lástima desperdiciar el fósforo que satura la substancia gris de mi cerebro... y á lo segundo, que intentaré hacerlo en la primera ocasión, pero que siendo anónima mi prosa, aunque fuera escrita por Benavente ó por los Alvarez Quintero, creo que no me la representarían: 1.° porque no está escrita por Benavente, ni por los Alvarez Quintero, ni por nadie que pretenda parangonarse á su sombra siquiera. 2.° por esa solidaridad tácita de malos cómicos y críticos pésimos... esa masonería especial que crean el bombo mutuo en público, y los zarpazos crueles en privado, y 3.° por aquello de que AQUILA NON CAPIT MUSCAS. Por eso es que me he permitido adjuntarle ese producto de mi caletre, por si llegara á tomarlo de buen humor... con la sangre dulce... ó con una de esas digestiones fáciles que lo predisponen á uno á las extravagancias más disparatadas... previniéndole que si eso llegara á suceder, el más sorprendido sería yo...

Ahí va todo lo que he podido manufacturar... ¡un lote de cinco!... Si he tratado de variar de GENRE en cada uno de ellos, ha sido por aquello de que en la variedad está el gusto... de lo que resulta que este envío, que le entregará el Correo como MUESTRAS SIN VALOR, *es un verdadero muestrario de mi genio... (ó de mi mal genio, diría cualquier gramático). Á lo único que no me he atrevido, es á matar, ó á hacer morir á ninguno de mis personajes... (soy netamente pacífico), como tampoco á que se engañe en la escena á ningún marido ni que se seduzca á ninguna doncella... (soy eminentemente moral). Mi temor es que por eso no resulten, (á algo hay que echarle la culpa), porque este* GÉNERO CHICO, *cuando es honesto, resulta como las Co-*

rridas de toros del Real de San Carlos... no interesan precisamente porque no se mata á nadie... y porque no se le ve la punta á los cuernos. Tampoco hallará en mis cuadernos, el desarrollo de ninguna pretenciosa tesis filosófica, ni la pintura de ningún tipo especial... ni la descripción de ningún caso patológico, ni un desgraciado lance psicológico siquiera; eso queda para los que se sienten con garras para ello... yo me veo apenas unas uñitas de gato casero...

Le ruego encarecidamente quiera perdonarme este razgo de audacia... la audacia á veces es obra de los débiles acosados por el instinto de conservación, por lo que no tengo más remedio que tentar cualquier aventura, por las razones que paso á exponerle: Hace algunos meses,—fué en la noche del 13 al 14 de Febrero,—tuve el poco tino de encontrarme en un cenaculillo de intelectuales, cuyo tema esa noche era reventar á los Actores en general; allí no se perdonaba á nadie... casi todos dejaban un gironcito de su honestidad artística... hasta que fastidiado por tanta dentellada en el vacío, y alarmado por el crecimiento excesivo de la lista incompleta de pecados Capitales, tuve la osadía de contestar... Ignoro aún como estoy con vida ocho meses después!... ¡Creí morir!... ¡en las avanzadas de Marruecos ó de Trípoli, no se deben pasar ratos peores que el que pasó su Servidor aquella memorable noche!... ¡Oí de todo!... ¡Aquello fué peor que una Cámara de Diputados el día que menean un Ministro!... ¡Peor que un día de carreras, en que el público se ha apercibido que le han bombeado el favorito!... ¡Peor que un estreno en un concurso de obras teatrales!... Cuando pude dominar mi emoción, y los gritos de mis contrincantes... me atreví á manifestar que no podía apreciar el grado de presión marcado por la vanidad de los Actores, no teniendo relaciones con ninguno, pero que en cambio me permitía dar mi opinión sobre la IDEM de ciertos literatos (?), que cada día iba apreciando su evolución pro-

gresiva, y hasta me permití la baladronada de replicarles que no era necesario pertenecer á la escala zoológica como aquellas fieras (digo fieras, me gusta ser culto), para llegar á fabricar algo potable para el teatro; un modesto vegetal cualquiera... alcornoque ó zanahoria, como el que suscribe, podía también inventar algo digerible que se pudiera representar sin que cayera el telón con el resguardo del Escuadrón de Seguridad ó del Cuerpo de Bomberos... y que en cambio, ser un actor discreto, capaz de salir á flote con una obra regular ó mala, eran otros López... Yo también fuí vanidoso... MEA CULPA... yo que nunca me había dejado dominar por el vicio de la literatura, quedé en que intentaría la elaboración de algo para la escena, estableciéndose un plazo de 18 meses, para mi tentativa de advenimiento accidental á autor de excesos teatrales... de donde los títulos de mis... (llámelas como Vd. quiera) con los nombres de los días de la semana TRAÍDOS DEL PELO... *A hablarle con toda sinceridad, la tarea me resultó más difícil de lo que me lo suponía... Solo me salió eso que le mando, y que creo solo sirve para envolver vintenes, como decimos de este lado del Plata.*

Como una apuesta surgió de la discusión, resulta que me encuentro abocado á tener que pagar unos cuantos pesos si no consigo hacerme estrenar; por lo que ahí van... como si jugara unos boletitos á alguno de esos caballos dejados de la mano de Dios... por si me hace el BATATAZO...

Creo completamente inútil recomendarle la mayor reserva sobre todo esto que le he dicho como justificativo y paleativo á mi pretenciosa aspiración, pues la menor indiscreción le podría traer las noches intranquilas de una pesadilla, pues Vd. podría ser el culpable de que la ley de Lynch empezara á aplicarse en Sud-América... lo que sería un cargo de conciencia.

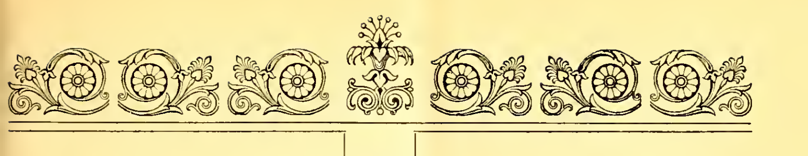
Vd. disculpará si le presento mis BODRIOS *bajo un seudónimo... al revés de los toreros, mi vergüenza me hace*

quedar en un burladero, sin hacerme ver en el ruedo... en primer lugar, porque le tengo un cariño entrañable á mi pellejo... y en segundo término, porque he leído, no recuerdo donde, que eso de ser modesto es propio del genio... y hasta del talento.

Pidiéndole mil disculpas por el mal rato, me es grato repetirme de Vd. atento y S. S.

JACQUES COURTELON.

El señor Supparo manifestó, que si bien era cierto que La Grande del Miércoles *no le disgustaba en absoluto, no le valía la pena comenzar á ensayarla, dado el poco tiempo que faltaba para finalizar la temporada. Esto fué lo que decidió al* promotor *de este* Lever de rideau *á enviarlo á la señora Pezzana, para que figurara en el archivo de la Escuela.*



La grande del miércoles

LEVER DE RIDEAU DE JACQUES COURTELON

Estrenado en el VICTORIA HALL el 14 de Abril de 1912
para presentación
de los Alumnos de la Escuela Experimental de Arte Dramático
que dirije la Señora JACINTA PEZZANA

PERSONAJES

ELVIRA PÉREZ DE FERRON (25 á 30 años).. Srta. Malvina Risso
FRANCISCO FERRON, su esposo (30 á 35 años) Sr. Horacio Dutra
Dr. DANIEL COSTA (35 á 40 años)......... Sr. Alberto Methol
ELENA COSTA, su esposa (25 á 30 años)... Srta. Elvira Correa
Dr. GAUTIER (25 á 30 años).............. Sr. Arturo Cobas
PANTALEÓN GONZÁLEZ (35 á 40 años)..... Sr. Pedro Becco
JOSEFA, mucama de Elvira................ Srta. Esther da Silva
MANUEL, mucamo de Daniel................ Sr. E. Simadeville

En Montevideo. Epoca actual. - Estudio de abogado A PIACERE

(Al levantar el telón, Gautier escribe).

ELENA.—*(entrando—traje de calle).* No vino Daniel todavía señor Gautier?...

GAUTIER.—No señora, no ha vuelto... pero creo que no ha de tardar.

ELENA.—*(sacándose el sombrero).* Vengo de lo de tía. Están desconsolados en aquella casa. Una gente tan austera y tan religiosa... figúrese como tomarán el divorcio de mi prima...

GAUTIER.—Pero... cuando no hay más remedio... cuando hay motivos...

ELENA.—Mire doctor, nosotras las mujeres, somos unos seres pasivos... tenemos que soportar muchas cosas... no tenemos más defensa que las lágrimas...

GAUTIER.—Seguramente á la señora Elvira Pérez de Ferrón no le habrá dado resultado ese medio de defensa, ó bien su carácter es más altivo, menos transigente que el de la mayoría de las señoras... no habrá querido quizás resignarse á ciertas cosas. Es muy sensible por cierto todo lo que ocurre, sobretodo por su señora tía...

ELENA.—Mire doctor Gautier... Vd. no ha visto lo triste que están en aquella casa...

GAUTIER.—Me lo imagino.

ELENA.—Le suplico quiera hacer lo posible para ayudarnos á disuadir á Elvira de su divorcio...

GAUTIER.—Sí... ya el doctor Costa me habló en ese sentido...

ELENA.—Hágalo por él... Vd. quizás tenga más autoridad que nosotros, desde que ella comprenderá que sus consejos son completamente desinteresados... Calcule el escándalo que importa un DIVORCIO. Créame, la gente es capaz de ir al teatro, ó á cualquier otro sitio donde supieran que por casualidad puedan encontrarse, nada más que para ver que cara van á poner...

GAUTIER.—Oh!...

ELENA.—Créame, es así... no estamos en París... estamos en Montevideo...

GAUTIER.—Yo señora le prometo, como le he prometido á su señor esposo el doctor don Daniel Costa, á quien nada puedo negar... y aunque no sea mi intención por cierto, yo nunca me atrevería á contrariar su voluntad... sobre todo aquí... en su propia casa...

ELENA.—Entonces quedamos en que Vd. le hablará en ese sentido... ¿no es verdad?

GAUTIER.—Puede Vd. contar conmigo, como su más fiel aliado... señora...

ELENA.—Muchas gracias, *(entra Daniel)* no esperaba menos de su amabilidad...

DANIEL.—Buenas tardes... *(á Gautier)*. No vino nadie, Gautier?

GAUTIER.—Todavía no señor...

DANIEL.—*(á Elena)*. Fuiste á lo de tu tía?

ELENA.—Vengo de allá...

DANIEL.—La pobre viejita estará muy triste?
ELENA.—Está desconsolada, la pobre...
DANIEL.—Este es un lío que no sé como vá á desenredarse, *(breve pausa)*... es decir... sí... lo sé... la separación definitiva...
ELENA.—Tu crees que Elvira no cederá?
DANIEL.—Todo induce á creer que no... está aferrada en sus trece... que porque es de familia pobre, la gente va á decir que es por especulación que tolera ciertas cosas... que ella se casó enamorada, y que ha sido herida en el más grande de sus afectos. En fin... las dos notas en juego, un verdadero acorde... La nota material, y la nota moral... la comercial, y la sentimental... y, ni para atrás... ni para adelante...
ELENA.—Pobre, es bien digna de lástima. En el fondo tiene razón...
DANIEL.—Tiene toda la razón... por lo que nuestra situación no puede ser más falsa. Yo no puedo hacer valer ciertas cosas... tú, emparentada con ella... yo, ligado con él por una amistad desde que éramos niños... el bachillerato carsado juntos... compañerismo de remo, football, esgrima... siempre juntos.. no hemos pasado nunca dos días sin vernos...
ELENA.—*(á Gautier)*. Ya lo vé... contamos con Vd., y con la voluntad de Dios...
DANIEL.—*(riendo)*. Mira... entonces es mejor que le recomendemos á Gautier que ponga todo su empeño...
GAUTIER.—Pierda cuidado doctor, haré lo posible...
ELENA.—*(á Gautier)*. Hasta luego... y le recomiendo...
DANIEL.—*(á Gautier)*. Si viene alguien, lo hace esperar un momento... ya vuelvo.
(Elena y Daniel salen—Gautier se pone á escribir, toca un timbre).
MANUEL.—*(entrando)*. Deseaba el doctor?
GAUTIER.—Si por casualidad llegara á venir la señora de Ferrón, *(se oye una campanilla interior)* hágala pasar aquí antes que vea á la señora...
MANUEL.—Muy bien doctor... *(sale, breve pausa—Gautier escribe—vuelve á entrar Manuel)*. Hay un señor que pregunta por el doctor Costa.
GAUTIER.—Hágalo pasar Manuel... *(entra Pantaleón)*.
PANTALEÓN.—El doctor Costa?...
GAUTIER.—Ahora no más ha de venir... tome Vd. asiento. .

PANTALEÓN.—*(sentándose)*. Muchas gracias... tardará mucho?...

GAUTIER.—Creo que no.. recién entró con su señora.

PANTALEÓN.—Sí, supe que se había casado...

GAUTIER.—*(sorprendido)*. Pero ya hace seis ó siete años!

PANTALEÓN.—El tiempo pasa ligero!... No le pregunto por su salud, porque me acaban de informar que está bien... (*breve pausa*). Francisco Ferrón viene siempre por aquí?

GAUTIER.—Sí señor, suele venir...

PANTALEÓN.—Qué Panchito!... que buenos ratos nos ha hecho pasar. También se ha casado... no es verdad?

GAUTIER.—Ese, no por mucho tiempo...

PANTALEÓN.—Enviudó?... No sabía...

GAUTIER.—No señor, tenemos aquí un asunto de su señora pidiendo el divorcio.

PANTALEÓN.—(*sorprendido*). Qué me cuenta amigo?

GAUTIER.—En eso estaba trabajando cuando Vd. entró.

PANTALEÓN.—Dígame... Vd. también es abogado?

GAUTIER.—Sí señor...

PANTALEÓN.—Entonces es de los muy nuevos... no recuerdo haberlo visto en la Universidad... Como es su gracia?

GAUTIER.—Arturo Gautier...

PANTALEÓN.—(*inclinándose*). Pantaleón González... un servidor... presentación criolla... sin protocolo... (*risas*).

GAUTIER.—No me conoce porqué he estudiado en París... y el señor es abogado?

PANTALEÓN.—No he concluído la carrera... no me daba el naipe. Pero Vd. es criollo?

GAUTIER.—Sí señor... pero he pasado muchos años allá, casi desde niño.

PANTALEÓN.—Y ahora trabaja con Daniel?

GAUTIER.—El doctor Costa me hizo el honor de admitirme á practicar en su estudio, después de haber revalidado mi título.

PANTALEÓN.—Está bueno... está bueno... (*breve pausa*).

GAUTIER.—El señor vive afuera?

PANTALEÓN.—(*sonriendo*). Mi indumentaria no lo desmiente... no es verdad?

GAUTIER.—No he querido decir eso. Deben ser tristes los pueblos del interior?

PANTALEÓN.—Es cuestión de acostumbrarse... los acontecimientos y las distracciones son menos variados,

pero se les dá mayor importancia: las relaciones son menos numerosas, pero se las ve más á menudo...

GAUTIER. —El señor es estanciero?

PANTALEÓN. —(*riendo*). No amigo... soy periodista rural...

GAUTIER. —El periodismo ha sido siempre mi sueño adorado.

PANTALEÓN. — Hay quien debuta escribiendo artículos desinteresados, con cuyo producto puede pagarse el lujo de callar algunas convicciones, que más tarde sacrifica al interés: aunque sea jugando al football con la sintáxis y boxeando con el sentido común... Ahí tiene Vd. la prótasis, el nudo y el desenlace de algunos ratas de imprenta, como yo también lo he sido... Uno cambia de patrón... y naturalmente hay que bailar al son de la música que le tocan... Así es la vida... muy linda, amigo... muy linda... cuando el baile no resulta candombe...

GAUTIER. —Yo no comprendo bien...

PANTALEÓN. —Un colega suyo y mío, decía en cierta ocasión: Los diarios se han inventado para defender al Pueblo... defendemos su dicha, con artículos que pagamos mal... y defendemos su salud, con avisos de especialidades farmacéuticas que hacemos pagar muy bien... (*entra Daniel*).

DANIEL. —(*efusivo*). Cómo te vá querido Pantaleón... (*abrazos*). Qué sorpresa!...

PANTALEÓN. —Muy bien y tú?.. No se te vá un año...

DANIEL. —Tu también... qué conservado!..

PANTALEÓN. —Como animal á campo, no más...

DANIEL. —Desde cuándo?...

PANTALEÓN. —Bajé á la Capital, como decimos los rurales, por un asunto de una máquina Marinoni que pensaba comprar para la imprenta, y naturalmente no quise esta vez dejar de venir á verte...

DANIEL. —Tantos años sin vernos!...

PANTALEÓN. —Es que cuando venía á Montevideo, eran siempre viajes de apuro, sin tiempo para nada, pero esta vez me voy á desquitar... quiero cumplir con todos, aunque tenga que quedarme un mes...

DANIEL. —Entonces... es que la cosa va bien...

PANTALEÓN. —*Pst!*... no me va demasiado bien, pero á otros les va peor... Mal de muchos...

DANIEL. —Me alegro... Bastante hemos hablado de tí con Ferrón en estos últimos tiempos...

PANTALEÓN.—Y qué me cuentas de Pancho?... Este mocito, (*señalanda á Gautier*) me contó parte de lo que le sucedía...

DANIEL.—Es que Ferrón se figura que siempre está en los 18 años, y como tiene mucha... muchísima plata, cree que todo le es permitido... Continúa siendo el loco Ferrón de la Universidad...

PANTALEÓN.—El zorro pierde el pelo, pero no las mañas... Y tú supongo que no andarás con ganas de imitarlo?

DANIEL.—(*levantándose lo toma del brazo*). Voy á presentarte mi señora...

PANTALEÓN.—No incomodaré ché? Estará pronta?... Yo no soy de etiqueta, pero las mujeres á veces...

DANIEL.—La mía tiene eso de bueno... siempre está pronta...

PANTALEÓN.—Yo no entiendo de esas cosas... yo no sé bien como se encara la vida de casado... Nosotros los solterones recalcitrantes, tenemos á veces juicios errados... pero no me parecería propio que mi mujer.. la que se casara conmigo... la compañera á quien consagrara mi vida, me esperara con trencitas en el pelo... con la cara engrasada con mixturas de botica, y con una indumentaria imposible... cuando para los demás... cuando sale á la calle, sale impecablemente peinada, completamente emperifollada, y con unas toilettes que provocan una mirada de envidia en las mujeres, y una cabresteada de deseo en los hombres... Si fuera casado... me parece que desde un principio hubiera exigido que lo mejor fuera para mí, desde que todo derecho y toda justicia me asisten. Si tuviera mujer, sería para su completo usufructo, y no para despertar envidias y deseos de los que ningún provecho saco, puesto que lo ignoro... pues si no lo ignorara... quizás ya pasaría más de un mal rato...

DANIEL.—(*riendo*). Esa es muy buena... tengo que contársela á Ferrón...

PANTALEÓN.— (*á Gautier*), Hasta de aquí un rato... mocito...

GAUTIER.—Hasta volverle á ver, señor... (*Daniel y Pantaleón suben*).

DANIEL.—(*deteniéndose en la puerta—en voz baja*). He hecho creer á todos que tomaba á lo serio eso del divorcio... ya podrás suponer que lo que trato es evitar. . (*su voz se pierde al salir—pausa*).

FERRÓN.—(*entrando*). Oh!... *Monsieur Gautier!... Bonjour.*
GAUTIER.—*Bonjour Monsieur Ferrón.*
FERRÓN.—*Comment allez-vous?*
GAUTIER.—*Très bien merci, et vous?*
FERRÓN.—Yo?... Media docena de *biens*...
GAUTIER.—Tanto me alegro...
FERRÓN.—Más me alegro yo... Y Daniel, ché?
GAUTIER.—El doctor está con una persona...
FERRÓN.—De que sexo... la persona?...
GAUTIER.—Masculino...
FERRÓN.—No me interesa.
GAUTIER,—Creo que es un viejo amigo del doctor...
FERRÓN.—De mis amigos íntimos, me acuerdo menos que de mis enemigos... íntimos también... (*breve pausa—se sienta*).
GAUTIER.—Sabe que su señora insiste en que se inicie su divorcio?
FERRÓN.—Me lo suponía... es *jetta*... estaba ya blandita, y decir que por un desgraciado choque, ahora endurece... Es bicho caprichoso la mujer en general, y mi consorte *in partibus* en particular!... No hubiéramos chocado... todo se habría arreglado, y yo no continuaría desempeñando el deslucido rol de esposo honorario de doña Isabel Pérez de Ferrón... (*pequeña pausa*). Y lo que más me hace estrilar, es que esto me sucede á mí, curtido viejo, por andar metido en los tembladerales de un camote... Pero Dora es la mujer ideal!... Es un sueño mágico!...
GAUTIER.—Quién?.. Dora, la artista?.. *La Gommeuse?..*
FERRÓN.—Sí, la sublime Dora!
GAUTIER.—No era sublime cuando debutó hace cuatro años en un *Beuglant* de Montmartre... en el *Lapin agile,* creo...
FERRÓN.—Pero en Montevideo todos se la disputan... ¿Vd. la conoció allá?...
GAUTIER.—La conocí... sin conocerla...
FERRÓN.—Eso es bien vago... A mí me gusta porque es muy divertida... tiene un *entrain,* cuando no se embetuna...
GAUTIER.—¿Cuando no se qué?...
FERRÓN.—Cuando no se emborracha .. porque cuando le da por ese lado... Dios nos libre!... ya no es una mujer... es una tenia entregada á la bebida... la esponja solitaria!...

GAUTIER.—*Chacun prend son plaisir...*
FERRÓN.—... *Où il le trouve...* Que cada uno se divierte á su modo... traducción libre... no es verdad?
GAUTIER.—Debe ser lo que Vd. dice...
FERRÓN.—Pues para evitar eso precisamente, la llevé á Colón con la sana intención de acabar zonzamente, una noche estúpidamente empezada... Todo iba bien... regresábamos una de esas noches... hoy hace quince días.., sí, el Miércoles pasado hizo una semana... una de esas noches que la gente sin educación compara con la región glútea de un moreno... Una noche oscura como un horizonte político... cuando dimos contra un carro guíado por la voluntad de sus propios medios de locomoción. .
GAUTIER.—Guiado por quién?
FERRÓN.—Por los animales que tiraban de él... pues el vegetal, el zanahoria que nominalmente le conducía, iba completamente dormido... lo estoy viendo todavía... el tipo más acabado del perfecto imbécil... la piel seca por omisión de lavajes... con ese tinte terroso que dan el aire libre, las heladas, el sol, las lluvias, y los despachos de bebidas... Y pensar que por un animal de esa especie, sea dicho sin despreciar á nadie, me veo descompuesto en lo más íntimo .. en la familia... sagrado refugio que había soñado para mi vejez... en la que había adormecido todas mis esperanzas... todas mis ilusiones...
GAUTIER.—Es una razón...
FERRÓN.—Esa confianza de saber que uno tiene quien le aplique una cataplasma cuando le duelen las muelas . y quien le alcance leche con mucho cognac cuando está resfriado...
GAUTIER.—En efecto, un problema resuelto...
FERRÓN.—Yo que tengo algo porque mis padres se privaron de tantas cosas que consiguieron dejarme una buena fortuna... yo que había conseguido un ideal de mujer... ordenada... limpia... económica... con un corazón de usurero con la mentalidad de un cajero...
GAUTIER.—Su balance moral es bastante entretenido...
FERRÓN.—A Vd. le hace gracia?... Pues á mí maldita la que me hace... Yo que desde niño he demostrado siempre una excepcional aptitud para el atorrantismo, y un deseo intenso de no violentar esa

vocación... que cuando tenía algún trabajo pesado que hacer... como por ejemplo: acompañar á mi señora al teatro, ó á cualquier reunión... siempre lo he hecho... con sombría resignación, es cierto... pero lo he hecho sin que de mis labios saliera en son de protesta el más mínimo sonido articulado... como trabajan los míseros, con el lomo agachado como bajo el peso de una vida sin alegrías... pero he sabido sacrificarme de vez en cuando á las obligaciones de la familia...

GAUTIER. – (*riendo*). Pero señor... Vd. se está burlando de mí?...

FERRÓN.—No señor.. trato de acumular datos para facilitarle la tarea de reventarme en el escrito de demanda...

GAUTIER.—Creo que ese escrito no le he de hacer yo...

FERRÓN.—Ya ve si tengo razón de quejarme de mi suerte... Yo... es inútil, no acierto una. Acabo de hablarle copiosamente para serle útil... y ahora salimos con que no es Vd. el que le vá á llevar el apunte á mi *cuasi* ex señora... que no es Vd. el que va á fabricar el escrito que me ha de fulminar... Otro en mi lugar habría imitado á la Venus de Milo dejando caer sus brazos... yo no, los levanto en son de protesta para clamar al cielo, y de ese modo protestar contra mi desventura...

GAUTIER.—Y que piensa hacer?

FERRÓN. – Yo?... A mí me lo pregunta?.. Como si yo mismo lo supiera...

GAUTIER.—Creo que á otro no le puedo hacer esa pregunta...

FERRÓN.—Todo lo que le puedo decir por el momento... es que ando con un aburrimiento de primera clase.,. sillón de orquesta quinta fila punta de banco en la Opera de París . cartoncito ó cuerito de socio para entrar al Hipódromo... entrada á alguno de esos bailes que dan los Clubs Europeos, donde puede uno admirar, las niñas .. esas flores!... única cosa que excusa la vida porque la perfuma... cuando son aseadas; las señoras... esos frutos!... que se colorean, embalzaman y maduran, hasta el punto en que son comibles los nísperos... y que se defienden, atacan y luchan... como se defiende, hace medios ataques y busca expedientes ilícitos todo esgrimista que va entrando en años... los ya medio *Fanés*...

negando golpes, como aquellas niegan años... sosteniendo conversaciones con más mentiras que una cuenta de peluquero... ó de cualquier otra profesión... Los pobres peluqueros siempre pagan el pato... como si tuvieran el monopolio de robar al prójimo...

GAUTIER.—Por algo ha de ser... Cuando el río suena, agua trae...

FERRÓN.—Es que la gente no encuentra otro modo de vengarse de las rascadas á contra pelo, y de la rifa de fin de año... (*entra Daniel*).

DANIEL.—(*á Gautier*). Quiere ver Gautier lo que desea ese señor que entró... está ahí, en la otra pieza...

GAUTIER.—En seguida, (*se levanta—palmeando á Ferrón*). Me ha hecho pasar un buen rato...

FERRÓN.—Como cualquier payaso de circo?...

GAUTIER.—No, como un *Causeur* á quien se escucha siempre con gusto, (*sale*).

FERRÓN.—(*entre dientes*). *Zanagoare*... traducción libre de zanahoria!...

DANIEL.—De que hablaban?

FERRÓN.—Le dije unas cuantas barbaridades...

DANIEL.—Lo que me sorprendería, sería lo contrario.

FERRÓN.—Lo contrario de qué?

DANIEL.—De que pudieras hablar sin decir barbaridades. Es inútil, tu no...

FERRÓN.—(*interrumpiendo*)... no aciertas una. Ya es cosa que creo ha trascendido hasta el Hipódromo de Longchamps...

DANIEL.—No se si habrá trascendido ó no hasta París, pero lo cierto es...

FERRÓN.—(*interrumpiendo*). Si yo no te hablo del Longchamps de París .. hacía alusión al de Lomas de Zamora...

DANIEL.—No soy fuerte en geografía hípica... Sabes quien está aquí?

FERRÓN.—Nunca tuve el don de la adivinación... me hubiera ido mejor el Domingo en Maroñas...

DANIEL.—Pantaleón González... vino á verme, está adentro...

FERRÓN.—No hay duda, entonces lo ví ayer por la calle... me parecía cara conocida... Una elegancia chillona de rural paquetón... Déjame ir á verlo...

DANIEL.—Ahora va á venir... Aprovechemos que estamos solos... Sabes que Elvira insiste en divorciarse? No hay poder humano que la haga desistir...

FERRÓN. — (*serio*). Entonces... es serio!...
DANIEL. — Mucho más serio de lo que tu te figuras...
FERRÓN. — (*con rabia*). Miren un poco... tantos humos ahora... yo que cuando la conocí, hace cinco años, con un manchón que parecía un perrito sarnoso... con un cuerito alrededor del pescuezo, que más que piel parecía una correita hecha con el cuero de algún conejo calvo... Quién te ha visto, y quien te vé!...
DANIEL. — Porque te casaste? Nadie te obligaba...
FERRÓN. — Qué quieres!... dos personas se ven... se vuelven á encontrar... se agradan... se dice un piropo... se habla... se comienzan á decir estupideces... el amor sigue su curso regular como una enfermedad, y se concluye por hacer la estupidez mayor... casarse... Cuando le hice mi primer visita... la visita oficial, como dicen esos galantes caballeros que escriben crónicas sociales... entré á su casa con la aprehensión que se tiene al entrar á un consultorio de dentista.. Amores largos, no entraban en mi modo de ser .. precipité las cosas, y accedió toda la familia con el más interesado de los desprendimientos...
DANIEL. — Todo eso hubiera podido habérsete ocurrido antes... Después has llevado una conducta indigna... La has engañado con todas las que has podido. . últimamente, lo que precipitó todo... con esa desgraciada que iba á tu casa á coser...
FERRÓN. — Eso es una calumnia que me indigna...
DANIEL. — Hoy tienes la indignación fácil...
FERRÓN. — No... si lo que me indigna, es que sea calumnia... Cargar la fama sin la lana... Lástima... porque valía la pena...
DANIEL. — El qué?
FERRÓN. — La lana...
DANIEL. — Tú, ni exprofeso habrías hecho mejor las cosas para exasperar á tu mujer... ella que llegó á quererte locamente... No me vayas á decir que no!...
FERRÓN. — Si yo no digo nada... Pero te advierto que el amor, como las camisas y los calcetines... se gasta á fuerza de usarlo, y hay que renovarlo...
DANIEL. — En fin, tu has considerado á tu esposa, como á esas otras infelices que siempre has tratado... Tú confundes, y has confundido siempre el cuerpo con el alma. En la forma desgraciada que le has hablado la noche aquella en que Elvira salió de tu casa, no

se habla á nadie... y mucho menos á la mujer, que al fin y al cabo no cometía otro delito que reprocharte lo perfectamente justo... nada más que lo justo...

FERRÓN.—(*contrariado*). Le dije, lo que tenía que decirle... aproveché esa ocasión para decirle que me tenía lleno...

DANIEL.—Y ella quizás también aprovechó la ocasión para dejarte la casa vacía... Y tu has perdido una magnífica ocasión de callarte...

FERRÓN.—Tu argumentación cuando hablas de Elvira, es á base de bencina... para ella no hay mancha...

DANIEL.—Pues, ya que nuestras tanta indiferencia, déjala pues que se divorcie... que recupere su libertad...

FERRÓN.—(*enojado*). Eso sí que no... nunca...

DANIEL.—Entonces es que te duele, no es verdad? (*irónico*). Pero el señor Francisco Ferrón... Panchito para el bello sexo de medio pelo... Panchito el corrido viejo, quiere darse el pisto de que le importa un bledo... (*breve pausa*). Mira... no me hagas reir... anda á contárselo á otro, pero no á mí... (*breve pausa*).

FERRÓN.—(*pensativo*). Mira... te voy á ser franco... en efecto, creo que algo me hace esa idea... Hago todo como de costumbre, pero siento algo así como si tuviera la cabeza pesada... como si me faltara algo... la misma sensación que cuando se tiene un principio de coriza... un resfrío de cabeza... me parece que le siento menos gusto, menos olor á las cosas... una especie de atolondramiento... un algo inexplicable... una especie de miedo... algo así como el temor de haber olvidado la caja abierta, ó de encontrarse sin pañuelo cuando le vienen ganas de estornudar...

DANIEL.—(*serio*). Bueno, ya quedas avisado...

FERRÓN.—Avisado de qué?

DANIEL.—Vaya una pregunta!... de que no hay arreglo posible. Menos mal que el asunto cayó en mis manos... Mañana empezaremos á proceder... te lo aviso para que no me salgas reprochando...

FERRÓN.—(*interrumpiendo*). La verdad que no es correcto que seas tú quien se haga cargo de ese asunto... tú, mi amigo de infancia, mi compañero de estudios... mi...

DANIEL. (*interrumpiendo*). Y más todavía... te prevengo que lo he aceptado quebrantando una resolución que me había impuesto: no aceptar divorcios, como nunca

quise aceptar juicios por injurias y calumnias, fueran de quien fueran.

Ferrón.—Te has vuelto moralista hasta el pretérito pluscuamperfecto del cosquilleo. .

Daniel.—No creas... lo hago así por la independencia que me acuerda la fortunita que me dejaron mis padres... La necesidad tiene otras exigencias... no creas que soy de los que dejo de comprenderlo... Cuando se tiene para vivir, y que no se tienen mayores ambiciones, se puede *poser pour la galerie*... Si fuera como muchos colegas míos, desgraciados en su carrera ..

Ferrón.—Como yo en Maroñas...

Daniel.—Puede ser que hubiera aceptado hasta trabajos de *mata víboras*. En mi caso, como en el de muchos, es muy fácil ser independiente... altivo, etc., etc. pero cuando no hay que comer... cuando los hijos piden pan, y que no hay más remedio que usar un lujo decorativo, la cosa cambia de aspecto... En fin... vamos á hablar de tu asunto. Trajiste esos papeles?

Ferrón.—(*sacando del bolsillo*). Aquí tienes todo...

Daniel.—(*ojeando*). Vamos á ver... este sirve, este es necesario... este también... este...

Ferrón.—Déjalos todos... los eligirás, y otro día los llevo.

Daniel.—No, por favor... no me dejes aquí nada inútil... ó crees que no hay bastante papeluchos en casa? (*eligiendo*). Todo esto lo puedes llevar... (*le devuelve papeles—deja otros sobre la mesa*) me quedo con esto.

Ferrón.—Como quieras... era por no volver cargado.

Daniel.—(*volviendo á mirar los papeles que dejó sobre la mesa*). Están las partidas también... perfecto... eres un hombre ordenado... un mérito que no haré valer en el juicio.

Ferrón.—Despacio hermanito... no se te vaya á ir la mano...

Daniel.—Pues precisamente por eso es que tomé... y hasta me he atrevido á pedirle el asunto á Elvira...

Ferrón.—Bien podrías decir... á mi mujer... ó más respetuosamente: á mi señora esposa...

Daniel.—A tu ex esposa, porque moralmente ya no lo es... se lo he pedido precisamente para que no fuera á caer en manos de alguno de esos abogados que hacen literatura en los escritos, y evitar todo escándalo...

nosotros nos arreglaremos... El mutuo consentimiento...

FERRÓN. —(*interrumpiendo, enojado*). No... no... no... y no... es inútil que vuelvas otra vez como ayer á romperme los tímpanos... Una vez por todas te digo... oyes... te repito que nunca concurriré á ninguna audiencia...

DANIEL. —Eso... allá lo que te convenga... pero te prevengo que...

FERRÓN. —(*interrumpiendo—con más calma*). Entonces... seriamente... crees tú que no hay arreglo posible?

DANIEL. —Te repito que es completamente inútil.. puedes imaginarte lo que entre Elena y yo habremos hecho...

FERRÓN. —Lo que habrán hecho quizás, es embarrarme más...

DANIEL. - Veo que no has perdido la costumbre de decir barbaridades... Como yo por decencia no quiero dar la cara... donde haya necesidad de firma de letrado, firmará Gautier...

FERRÓN. —¿Ese caramancito pretencioso?

DANIEL. —¡Tengo necesidad de que alguien firme!

FERRÓN. —Tienes razón... Pero, trata de arreglar...

DANIEL. —(*encogiéndose de hombros*). Te he dicho que he hecho lo posible...

FERRÓN. —No importa... insiste... sé elocuente...

DANIEL. —(*conciliador*). Te prometo volver á insistir, pero me parece que es tiempo perdido... Tú has seguido con la misma conducta... En la Universidad las gracias del loco Ferrón eran festejadas por todos, y te buscábamos la lengua para pasar un buen rato... todos te hacíamos rueda... Tu has continuado creyendo que la única misión de un hombre en la vida, es decir y hacer gracias...

FERRÓN. —Si mi genio es así... no me puedo contener...

DANIEL. —Yo no te reprocho nada... solo te hago observar, que si para muchos es una gracia que enseñes á bailar con corte á las artistas de los teatros de Variedades, y que te digan: *Monsieur Panchito, professeur de milongas*, á tu mujer la broma le ha resultado un poco demasiado pesada. .

FERRÓN. —No creas, á las mujeres no les agrada el hombre demasiado virtuoso... Experimentan la admiración compasiva que se tiene á la reclusión monástica.

DANIEL. —Las mujeres que tu frecuentas fuera de tu casa...

puede ser... la tuya tal vez haya opinado de distinto modo...

FERRÓN.—La mía me ha resultado demasiado absorbente... demasiado egoista... Habrá dado corte á los cuentos que le habrá lambeteado algún envidioso... he tenido mis pequeños éxitos...

DANIEL.—Los celos...

FERRÓN.—(*interrumpiendo*). Los celos son el egoísmo en el amor...

DANIEL.—Los celos apagan el amor... como las cenizas apagan el fuego... dijo la reina de Navarra...

FERRÓN.—Yo no creo eso, aunque no soy rey de ninguna parte... soy una sota... y gracias.

DANIEL.—De bastos... Haces mal en no creer... los celos son como la envidia, una pasión engendrada por el egoísmo, el orgullo, y un deseo de ser superior á los demás. La diferencia que hay entre los celos y la envidia, es que esta nace al desear lo que no se tiene... mientras que los celos nacen en el que ya posée, y tiene el temor de perder lo que ya es suyo.

FERRÓN.—Según tu modo de ver, la cara de perro que siempre me ha puesto Elvira en estos últimos meses... es por celos?

DANIEL.—La discordia, y hasta el odio... son hijos de los celos...

FERRÓN.—Pero lo que me parece ridículo... es que por eso no más, esa arpía tome medidas tan radicales...

DANIEL.—Vuelve la oración por pasiva, y verás si te agradaría ver á tu señora enseñando á bailar con corte á acróbatas del Casino...

FERRÓN.—(*saltando*). Es muy distinto!

DANIEL.—¿No veo porqué?

FERRÓN.—(*movimiento de hombros*). Uff!... contigo no hay forma de hablar en serio!

DANIEL.—Contesta... ¿te pondrías ó no celoso?

FERRÓN.—(*tono de resignación*). Sí... me pondría celoso...

DANIEL.—Porque los celos son causados por el deseo de la posesión exclusiva, hasta en los más mínimos detalles...

FERRÓN.—El monopolio de un ser... de un cariño... de un afecto... Unico depositario para la Argentina, Uruguay y Paraguay... fulano de tal...

DANIEL.—Llámalo como quieras, aunque te haré notar que no es el momento de gastar frases chistosas...

hablo en serio... Elvira ha sufrido un verdadero martirio, con la sola idea de un reparto de afecciones con mujeres indignas... aprehensión bien justificada por cierto...

FERRÓN.—(*mientras habla Daniel*). Echa... que se derrama...

DANIEL.—... acompañada además por la repugnancia muy natural de caer en ridículo... Todo se ha ido mezclando en su espíritu...

FERRÓN.—Como un cokctail...

DANIEL.—Ha vivido dudando entre realidades y fantasmas... y habrá concluído por ver en tus actos más indiferentes, indicios ciertos de la desgracia que teme... ha vivido en la sospecha, en la violencia y en el tormento... Ha llegado hasta pensar en la ley del Talión: diente por diente... ojo por ojo... has sido lo suficientemente afortunado para dar con una mujer honesta, á quien ha repugnado semejante expediente...

FERRÓN.—Caramba!... que estás bien informado...

DANIEL.—Lo se por Elena.. acuérdate que es prima de Elvira.

FERRÓN.—Sabes que estoy como los duelistas: tengo miedo de tener miedo...

DANIEL.—Y hay porque... Una mujer no se arrincona como un valor de Bolsa para que desde su rincón dé provecho... El que corre olvida de amar...

FERRÓN.—Cada día más me convenzo que la mujer es una santa en la Iglesia, un ángel en la calle, un diablo en casa... y un mono en la cama...

DANIEL.—Pues querido Panchito, te diré que solo te has fijado en el diablo... puede ser que te hayas acordado del ángel, y que habrás pensado en la santa... pero disculpa que te recuerde que te has olvidado demasiado del mono...

GAUTIER.—(*entrando*). Quiere ir un momento doctor...

DANIEL.—(*levantándose—á Ferrón*). Espérame un minuto, vuelvo en seguida. (*sale*).

FERRÓN.—¿Qué base le piensan dar al pedido de divorcio?

GAUTIER.—Lo que dijo del choque la prensa.

FERRÓN.—¿Qué prensa?... la de enfardar, la de exprimir uvas, ó la de copiar cartas?

GAUTIER.—(*picado*). La prensa... en fin... los diarios que aquí tenemos... que dan cuenta de que Vd. ó mejor dicho su automóvil fué víctima de un accidente... choque con un carro de pastero en la carretera á Co-

lón... del que resultó Vd. con una contusión en la región lumbar... la *Divette* Dora, que á la sazón iba con Vd. en él, con un brazo luxado...

FERRÓN.—Lo que le impedirá ladrar... digo... cantar...

GAUTIER.—... y su chauffeur con una fuerte escoriación en una pierna...

FERRÓN.—Falta algo... y mi automóvil destrozado...

GAUTIER.—Accidente al que en un principio se le dió mayor importancia, habiéndosele retirado á Vd. y á la fulana esos desmayos por la violencia del golpe...

FERRÓN.—Lo que es yo... quedé medio desencuadernado...

GAUTIER.—Esas son las pruebas que la Señora Elvira Pérez hará...

FERRÓN.—(*interrumpiendo*)... de Ferrón... todavía no se desacopló... lleva todavía mi apellido detrás, como tren para obreros...

GAUTIER.—Que su Señora hará valer en el juicio que...

FERRÓN.—(*mientras habla Gautier*). No le sobra si quiere hacer eso...

GAUTIER.—... Vamos á iniciar en la corriente semana...

FERRÓN.—¿De manera que Vd. cree que basta con eso... Un hecho posterior al abandono del domicilio por su parte?

GAUTIER.—Me parece que es bastante... que se le encuentre con una artista de *Café-Concert* en un automóvil...

FERRÓN.—Chocando con un carro de pastero... en efecto, es un caso *gravísimo!*

GAUTIER.—Es de lo más vulgar...

FERRÓN.—Tiene Vd. razón... de lo más *vulgar*... completamente vulgar... Chocar con un carro cargado de pasto! .. si á lo menos hubiera sido con otro automóvil, ó con un coche particular con llantas de goma aunque más no fuera... pero con un carro de pasto!.. tiene Vd. razón, es de lo más vulgar que pedir se pueda. En cuanto se cure, despediré al chauffeur para enseñarle á elegir mejor los obstáculos contra los que ha de estrellarse en lo sucesivo...

GAUTIER.—(*muy picado*). La señora Elvira Pérez ha tomado...

FERRÓN.—(*interrumpiendo*). De Ferrón...

GAUTIER.—... Ha tomado este accidente como caso infraganti para iniciar el asunto...

FERRÓN.—Que Vd. posiblemente, con la caridad á que lo

induce su delicadeza profesional, habrá sabido explotar...

GAUTIER.—¿Yo?... no señor... el doctor Costa es el que ha de hacer todo... yo no he hecho otra cosa... *(se calla al ver entrar á Daniel).*

DANIEL.—(*á Ferrón*). Aquí me tienes de vuelta... vamos á continuar...

FERRÓN.—(*cansado*). No, mira... ya estoy lleno... hagan lo que quieran... (*recalcando*) y como tengo la seguridad de que me estás tomando el pelo, porque conozco mejor que tú el carácter de Elvira... me dejo arrastrar por la corriente, sin que me asuste el *corto-circuito* del divorcio... Ya verás... dos ó tres chispas... una descarga... un fusible quemado... la comunicación restablecida con cualquier fútil pretexto,... y vuelve á marcar el contador como antes...

DANIEL.—¿Crees eso?

FERRÓN.—Y á tí te quedará el campo abierto para largarme una de esas filípicas que son tu especialidad...

DANIEL.—(*sonriendo*). Especialidad de la casa...

FERRÓN.—Si supieras tocar el acordeón ó la guitarra... te harían por lo menos... coronel del Ejército de Salvación...

DANIEL.—Juégale á risa... verás si...

FERRÓN.—(*interrumpiéndolo*). Basta por hoy... por favor... prefiero ir á saludar á ese bueno de Pantaleón... el hombre de los sermones... el rezongón por excelencia.. . le darás unos datitos... y te ayudará á reventarme... estará en su elemento...

DANIEL.—Pues en ese caso, vamos .. debe estar en el comedor con Elena...

FERRÓN.—(*mientras salen*). Está muy envejecido? Me pareció... (*salen—pausa—Gautier se ha puesto á escribir con ceño fruncido, articulando sílabas inenteligibles.—Cuando Elvira entra, su fisonomía debe cambiar radicalmente*).

ELVIRA.—(*entra—traje de calle*) Buenas tardes monsieur Gautier... el doctor no está?

GAUTIER.—Señora... á los pies de Vd. (*mientras se levanta á cerrar la puerta*). El doctor está adentro con un señor...

ELVIRA.—Entonces prefiero esperar aquí... después iré un rato á ver á Elena... (*breve pausa*). Mi asunto marcha?

GAUTIER.—(*muy amable*). Estamos preparando lo necesario...

ELVIRA.—Yo venía para rogarle al doctor que tuviera la bondad de activar eso. *(pensativa)*. Siento algo así como el temor de volver sobre mi decisión... todos, si bien es cierto que me dan la razón, me tratan como si fuera á cometer un crimen... le garanto que todos los días siento que mi voluntad flaquea... que disminuye...

GAUTIER.—*(con apresuramiento)*. Eso no debe hacerlo Vd...

ELVIRA.—*(intrigada)*. Pero... porqué doctor Gautier?

GAUTIER.—*(algo turbado)*. Porque no divorciando... volverá Vd. más tarde ó más temprano á juntarse con el que fué su marido... *(breve pausa)*.

ELVIRA.—*(distraída)*. Es cierto...

GAUTIER.—Vd. no recuperaría su libertad, que fácilmente le conseguiremos...

ELVIRA.—*(débilmente)*. No la necesito...

GAUTIER.—... Con una pensión alimenticia...

ELVIRA.—*(con firmeza)* Eso no lo toleraré...

GAUTIER.—Pero señora!...

ELVIRA.—No quiero absolutamente nada de mi marido sin su cariño... *(casi llorando)*. Eso es lo que he buscado al casarme con él... *(reponiéndose)* su dinero no lo necesito... estoy acostumbrada á la miseria... *(breve pausa)*.

GAUTIER.—Las cosas en el estado que están, podrían prolongarse... y de esa manera quizás dejara Vd. escapar alguna ocasión de encontrar quien pudiera hacerla feliz... de encontrar alguien que supiera comprenderla... *(animándose)* de encontrar alguno que supiera hacerle entrever la vida tal cual debe ser... alguien que fuera algo así como un desquite de la vida infame que le han hecho pasar...

ELVIRA.—*(triste)*. No he pensado en eso al separarme de mi marido...

GAUTIER.—Volverse á juntar con un hombre indigno de Vd...

ELVIRA.—*(interrumpiendo)*. Vd. exagera, doctor Gautier!...

GAUTIER.—Vd. que es una persona digna de más respeto... Vd. que constituiría el ideal de todo hombre sensato... Vd. uno de esos seres encantadores... por su educación .. por su belleza... por su...

ELVIRA.—*(interrumpiendo—seria)*. señor Gautier!...

GAUTIER.—Permítame... uno de esos seres exquisitos... *(se acerca)* dignos de ser adorados de rodillas... por

la delicadeza de su alma... (*muy cerca*) de esos seres á quienes todo le es permitido, por...

Elvira.—(*levantándose bruscamente--muy seria*).--Pero... me está pareciendo señor, que Vd. está preparando una declaración?...

Gautier.—Nunca me atrevería á ello..; aunque deseos no me faltan...

Elvira.—(*con intención*). Es Vd. demasiado galante... pero le prevengo que habría escogido muy mal el momento...

Gautier.—(*cohibido*). Es por eso que no lo he hecho...

Elvira.—... Pues muy fresco tengo todavía el recuerdo de mis últimos meses de vida matrimonial... (*seca una lágrima*).

Gautier.—(*con ironía*). La verdad que no ha sido Vd. en extremo feliz...

Elvira.—(*reponiéndose*). Seguramente, habrá otras más infelices que yo...

Gautier.—Por lo que veo... continúa amando á su marido ..

Elvira.—Aunque así fuera... no tendría porqué ocultárselo...

Gautier.—Pero como Vd. no se resigna tan fácilmente como otras...

Elvira.—Vd. lo ha dicho...

Gautier.—Como Vd. no es de la pasta con que se hacen seres pasivos... (*con maldad*) esos que se pueden engañar... manosear... hasta despreciar, haciéndoles caer en ridículo...

Elvira.—(*con rabia*). Le prevengo que mi marido nunca me ha manoseado... ni despreciado. .

Gautier.—Sí... comprendo... me he explicado mal... Su marido la ha un poco *délaissée*, como se dice en francés...

Elvira.—No es tampoco de lo que me quejo señor...

Gautier.—Vd. no habrá podido soportar la prodigalidad con que su marido repartía sus afectos del momento... (*con malicia*) no es cierto?

Elvira.—(*contrariada*). Pero señor!... Qué ha pensado!...

Gautier.—(*con toda calma*). Señora... necesito juntar datos para el escrito .. (*abre un cajón de la mesa*) aquí tengo los documentos necesarios .. solo me falta el escrito inicial... solo tengo algunas notas tomadas...

Manuel.—(*entrando*). Preguntan por el doctor.

Gautier.—(*contrariado, con mal modo*). Quién?
Manuel.—Es una señora.
Gautier.—Que espere que venga el doctor Costa. (*Manuel sale*).
Elvira.—No lo permitiré... me hace Vd. el favor de ir á atender á esa persona... (*con intención*) créame que mucho se lo agradeceré... soy yo la que esperaré al doctor Costa...
Gautier.—(*que ya había empezado á volver al cajón los papeles que había sacado*). Si es así... (*muy frío*) con su permiso... (*sale dejando la puerta entornada—pausa*).
Elvira.—(*sola—vacilando*). Si yo me atreviera?... (*se acerca á la mesa y mira el cajón*). Y al fin y al cabo, no es ningún crimen... (*abre el cajón y saca los papeles que ojea sobre la mesa*).
Ferrón.—(*asoma la cabeza por la puerta entornada*). Una mujer curioseando... á mi juego me llaman!... (*entra en puntas de pie sin ser visto—se acerca—con voz gruesa*). Qué hace Vd. ahí señorita?
Elvira.—(*sobrecogida*). Pancho!...
Ferrón.—Mi mujer!... *tableau!*... (*sentándose—sacude la cabeza mirando al público*). No acierto una... es inútil... ya no estoy ni en el placé!...
Elvira.—(*con rabia*). Ha venido á sorprenderme... no es verdad?
Ferrón.—(*sin saber que decir*). No querida... es decir... sí
Elvira.—(*con rabia*). Le prohibo á Vd. que me llame querida...
Ferrón.—Bueno Elvirita... vine á...
Elvira.—(*más enojada*). Le prohibo á Vd. que me llame Elvirita...
Ferrón.—La verdad es que te pesqué.
Elvira.—(*furiosa*). Le prohibo á Vd. que me tutee...
Ferrón.—(*con calma*). Lo cierto es, que Vd. no me prohibirá, si la ocasión se presenta para hacerla valer... que diga que la he encontrado infraganti delito de curiosidad... (*se para*).
Elvira.—Eso no lo sabe Vd...
Ferrón.—No lo sabía... pero ahora veo que no me había equivocado... (*Elvira va á salir*) (*cerrándole el paso*). No se vaya Vd. señora...
Elvira.—(*en voz muy alta*). Déjeme salir...
Ferrón.—Grita si te parece... *pardón*... si le parece...

(*socarrón*) vendrá gente, y encontrarán esos papeles fuera de su sitio... (*Elvira baja*) lo que será una prueba más de la poca delicadeza que Vd. siempre ha demostrado en todos los actos de su vida... durante y después del matrimonio...

Elvira.—(*siempre enojada*). Vd. es el que se atreve á decirme eso... á mí?

Ferrón.—Mi característica fué el haber tenido siempre mucho *toupet*.

Elvira.—No está malo que lo reconozca...

Ferrón.—Yo reconozco todo lo que salta á la vista... todo lo que es claro...

Elvira. Qué martirio!... Dios mío!... (*gesto de irse*).

Ferrón.—Sí Vd. se vá... llamo para que vean que no he sido yo el que vino á... *secuestrar* papeles que ..

Elvira.—(*interrumpiendo, indignada*). Yo no he secuestrado nada... sépalo!...

Ferrón.—(*indiferente—se sienta—fuma*). No me consta... por de pronto la he tomado con las manos en la masa... haciendo con esos pobres papeles, lo que hacía con mis bolsillos todas las mañanas al levantarse... revolviendo... (*gesto de Elvira*), si señora... olfateando como un pichicho el perfume que traía mi ropa... de donde mi pobre paciencia pagaba el pato del capricho ó distracción del peluquero...

Elvira.—Vd. se atreve á decir eso?

Ferrón.—Sí... yo tengo todas las audacias posibles é imaginables...

Elvira.—Lo reconoce!... menos mal...

Ferrón.—Reconozco... sin que mi modestia se aminore... que he tenido que ser el más santo de los varones para aguantarle cinco años de torturas... cinco años de infierno... cinco años de cautiverio... cinco años de paciencia benedictina... (*entre dientes*) ó chartreuse...

Elvira.—(*exasperada*) Vd... pedazo de canalla... se atreve á decir eso?

Ferrón.—(*con calma*). Me atrevo á eso, y á mucho más.., Vd. encargó su demanda... yo también ya encargué mi defensa.

Elvira.—Y quién va á tener el coraje, ó la desvergüenza de defenderlo?

Ferrón.—Quién?... Un abogado... (*buscando en los bolsillos sin encontrar*). Por aquí tengo su dirección... calle veinte y tantos, casi esquina treinta y pico...

ELVIRA.—Eso no es una dirección...

FERRÓN.—Es lo que yo decía... eso es una cartilla para enseñar á contar á los niños... pues, ya tengo todo preparado... te garanto que van á salir trapitos al sol...

ELVIRA.—El que no tiene delito... nada teme...

FERRÓN.—(*con suficiencia*). Pero hay defectos... muchos defectos... defectillos que si no son delitos, embroman mucho más... cuando se tiene una muela picada, si se hace sacar.. duele mucho de una sola vez... ese es el delito... se pierde la muela, es cierto... pero muerto el perro, se acabó la rabia. Pero si se empieza á hacerla curar, vienen una serie de dolores, menos intensos, también es cierto... pero que continúan jorobando... esos son los defectos... Tú siempre has sido para mí, una muela mal emplomada.

ELVIRA.—Pero yo nunca lo he hecho sufrir, tengo la conciencia tranquila...

FERRÓN.—Es que su conciencia se tranquiliza muy fácilmente.

ELVIRA.—Fuí yo la que choqué con el automóvil?

FERRÓN.—Nó... fué el chauffeur el que chocó...

ELVIRA.—En fin... el que iba en él, era Vd. con una fulana...

FERRÓN.—El que iba en su automóvil era en efecto yo... ya divorciado á medias... yo nunca niego la evidencia...

ELVIRA.—Cómo?... En su automóvil?.. de manera que todavía había Vd. tenido el cinismo de ir en el automóvil que yo usaba para pasear en él á un ser indigno?... y Vd. mismo tiene la poca vergüenza de decirlo?

FERRÓN.—Pero, entendámonos... Vd. abandonó el techo conyugal... cieloraso de yeso... sin querer llevar nada... no habiéndola vuelto á ver hasta hoy... era natural que no dejara ese coche en el garage... Además el mío es abierto... la noche estaba muy fea...

ELVIRA.—(*lagrimeando*). Por Dios!... qué desgraciada soy!... (*breve pausa*).

FERRÓN.—Si no viera que tienes ganas de llorar...

ELVIRA.—(*reponiéndose*). Yo?.. Tengo ganas de reir...

FERRÓN.—Si no viera que tienes ganas de reir de rabia... creería que estás contenta... Francamente, nunca te he visto con tan buen semblante...

Elvira.—Le vuelvo á prohibir que me tutee...

Ferrón.—Nunca te he visto tan fresca... tan buena moza... y casi... casi estaría por atreverme á pedirte .. pero á pedírtelo muy humildemente... de rodillas si quieres... no que desistieras de tu divorcio... sino que lo aplazaras... el tiempo es buen consejero... yo por mi parte...

Elvira.—(*mordaz*). Ahora salimos con esas... ya es tarde hijo.

Ferrón.—Nunca es tarde, cuando la dicha es buena... Yo en cambio... te prometería regenerarme... corregirme... (*acercándose*). Yo no podría hacerme á la idea de pensar que tuvieras que vivir con estrecheses en casa de tu familia... después de la vida que te he dado...

Elvira.—(*saltando*). Puede Vd. hablar de eso!

Ferrón.—Me refiero á que nunca nada te ha faltado... has tenido todo lo que has deseado...

Elvira.—Todo lo que no necesitaba para ser feliz... Pues sepa que prefiero la tranquilidad en la estrechez de mi casa, á la vida de infierno que me ha hecho pasar entre su oro y su lujo.

Ferrón.—De modo que si le he hecho pasar una vida de infierno... soy algo así como un pichón de Lucifer...

Elvira.—Veo con agrado que mi resolución de separarme, no le ha hecho perder su buen humor...

Ferrón.—Son las dos cosas que nunca he perdido: el buen humor, y el apetito...

Elvira.—Podrá ahora más libremente que nunca disfrutarlos... su buen humor, y su apetito... con su habitual egoísmo...

Ferrón.—Habitual egoísmo!... habitual egoísmo!... Yo soy egoísta por altruismo... (*gesto de Elvira*). Si señora... por altruismo... Ama á tu prójimo como á tí mismo, amén;... pues para poder amar al prójimo, debo aprender á amarme á mi mismo... Lo que pasa es que el prójimo no me da tiempo para demostrárselo...

Elvira.—¡Con esas ideas!

Ferrón.—(*remedando*). Con esas ideas!... Puedes hablar... tú que nunca me has dado el tiempo necesario para demostrártelo... Los ratos libres los ocupabas en mortificarme... en decirme cosas desagradables... en insultarme... y en aplicarme el tormento de tus

frases avinagradas, seguramente estudiadas y preparadas durante el día...

ELVIRA. — ¡Esto va pasando de castaño oscuro! (*gesto de irse*).

FERRÓN. —Si intenta Vd. irse, llamo para que vean en que estado está ese expediente... yo no sé si falta algo... yo no quiero líos...

ELVIRA. —(*indignada*). Se puede ser un miserable, pero no un desgraciado!...

FERRÓN. —Sí, querida Elvira... escucha... (*sincero*) en tu vida has dicho verdad más grande... Tienes razón... soy un desgraciado... ó mejor: soy muy desgraciado... Tú no sabes lo triste que he pasado estos 20 días...

ELVIRA. —Y para consolarse, se paseaba Vd. en automóvil...

FERRÓN. —Era para distraerme... para embrutecerme... era en los primeros días... (*tierno*) pero después... no te imaginas la tristeza que experimentaba al entrar de noche...

ELVIRA. —(*nterrumpiendo—se acerca á la mesa*). O de madrugada...

FERRÓN. — O de día claro.. como quieras... en esa casa tan vacía...

ELVIRA. —(*ya al lado de la mesa*). En la que solo falta una persona...

FERRÓN. —Pero cuando esa persona es todo... Cuando pienso que tu, á pesar de lo que puedas creer... á pesar de lo que te puedan haber dicho... eres todo para mí... cuando después de haberte visto reina allí, me pongo á pensar en las penurias que vas á pasar en tu casa...

ELVIRA. —¡A buena hora!.. (*arregla los papeles y rápidamente abre el cajón y los guarda*).

FERRÓN. —(*que se apercibe tarde, la toma del brazo sacudiéndolo—furioso*). Le prohibo á Vd. que toque eso!...

ELENA. —(*entra—estupefacta*). Cómo?... Pero que significa esto?... Vds. juntos?... de la mano?... Pero que alegría!... Dios mío, que contenta estoy!...

FERRÓN. —(*descorazonado larga el brazo de Elvira*). No hay porque Señora... acabo de quemar mis últimos cartuchos... No acierto una... es inútil... tiene razón Daniel...

ELENA.—(*á Ferrón*). Ya vamos á hablar de eso. (*á Elvira*). Ahí está tu mueama, que dice tiene necesidad de hablar inmediatamente eontigo...

ELVIRA.—Voy á ver lo que quiere...

ELENA.—Creo que será mejor que la hagas pasar... porque me pareee que está un poeo agitada... muy nerviosa...

ELVIRA.—(*alarmada*). Habrá pasado algo en easa?

JOSEFA.—(*entrando*). Señora!... señora!...

ELVIRA.—Pero que pasa... habla...

ELENA.—Hable hija de una vez... (*Josefa hace esfuerzos para hablar*).

FERRÓN.—Las mujeres son así... ó hablan demasiado, eomo una eotorra, ó se encierran en el mutismo de una mula. .

JOSEFA.—¡El lotero!... ¡el lotero!...

ELVIRA.—Bueno... ¿y qué?... Empiezo á tranquilizarme...

JOSEFA.—El lotero que le vendió el número...

ELVIRA.—Sí... que le pasó?... Es el frutero de la vieja...

JOSEFA.—Vino... y dijo que Vd. sacó la grande!...

FERRÓN.—(*dejándose caer en un asiento*). El derrumbe de mis últimas ilusiones...

ELVIRA.—¿Estas segura?

JOSEFA.—Me dió el extraeto... aquí lo tiene... (*señala un número en un extracto*) 16534 eon 20.000 pesos... Que suerte señora!..

FERRÓN.—(*al público*). Es inútil... no acierto una...

ELVIRA.—Sí... he tenido suerte, una vez en mi vida. (*vacilando*).

ELENA.—(*efusiva*). Te felieito con toda el alma... estoy tan contenta eomo tú... puedes ereerlo...

FERRÓN.—(*entre dientes*). Más eontenta que yo... seguramente...

ELVIRA.—(*decidiéndose bruscamente, se dirige á Ferrón besándolo apasionadamente*). Ahora... ves... ahora que no puedes creer que sea por interés...

ELENA.—¡Que felieidad!... Dios mío!...

ELVIRA.—... quiero ereer en tu promesa... (*en brazos uno de otro*). Yo también estaba arrepentida... yo también he sufrido mueho en estos veinte días...

FERRÓN.—(*en el paroxismo de la alegría*). De veras?... Sí?... Volveremos juntos á easa?

ELVIRA.—A donde quieras... pero júrame que te vas á eorregir...

FERRÓN.—Sí, mi corazón... te lo juro... Voy á pedir tu automóvil... voy á telefonear...

ELVIRA.—(*reteniéndolo*). Pero mi automóvil no está roto?

FERRÓN.—Que va á estar... Te lo había dicho por hacerte rabiar....

ELVIRA.—(*seria, apartándose*). No ves si tengo razón de quejarme...

FERRÓN.—(*reteniéndola*). Me perdonas?... (*Elvira lo besa sin contestar*).

ELENA.—Vaya.. este si que es un día bien aprovechado...

FERRÓN.—Me permiten que escriba, (*se sienta en la mesa*) dos palabras á un amigo, con quien tenía cita para esta noche?

ELVIRA.—(*contrariada*). Como?... Ya empezamos con cartitas á amigos?

FERRÓN.—(*escribiendo*). Podía yo acaso adivinar que... ibas á sacar la grande!...

ELVIRA.—(*riendo*). Tienes razón... (*habla en voz baja con Elena*).

JOSEFA.—¡Que suerte señora!... que suerte!. . Vd. se sacó dos veces la grande hoy...

FERRÓN.—(*desde la mesa, mientras escribe*). Y Vds. sabandijas... la aproximación... porque esta misma noche iban todos de patitas á la calle... Linda está la casa, nada en su sitio... ni un botón en mis calzoncillos... (*Elena llama por timbre*) aprontense para oír á la patrona... (*Josefa sale sin decir palabra—aparece Manuel*). Como ese, (*á Manuel*) vino demasiado ligero... estaba con toda seguridad escuchando detrás de la puerta...

MANUEL.—Yo, señor, pasaba... cuando...

FERRÓN.—Te vale que no estás á mi servicio... te iba yo á enseñar á pasar tan á tiempo... (*concluye de escribir mientras habla Elena*).

ELENA.—Mire Manuel, dígale al doctor y á ese señor que está con él, que vengan en seguida... después tendrá que ir á lo de tía á avisar que... (*sigue hablando en voz baja—Manuel sale*).

FERRÓN.—(*leyendo lo que ha escrito*). « Queridita Dora:
« Asuntos imprevistos, me impiden ir luego á cenar
« contigo. Habiendo hecho la paz con mi mujer, em-
« pieza el cuarto creciente de nuestra cuarta ó quinta
« luna de miel. Todos nuestros proyectos quedan
« aplazados hasta la semana entrante. *Ce qui est dif-*

« *féré, n'est pas perdu.* Recibe un picotón de tu « Panchito ». *(cierra la carta).*

Elena.—Y ahora, mis queridos amiguitos... á no reincidir... no es verdad?... *(á Ferrón)* Vd. con sentar un poco el juicio... *(á Elvira)* y tú comprimiendo un poco esos pícaros celos...

Daniel.—*(entra con Pantaleón).* Que significa esto?

Elena.—Reconciliación completa...

Daniel.—Ya lo veo, no hay duda alguna... *(á Elena, abrazándola).* Ya caigo... efecto de las velas que le encendiste á San Antonio... *(rie).*

Pantaleón.—Aunque no tengo el gusto de conocer *oficialmente* á esta señora... me constituyo en su protector. *(saca á Ferrón la carta de la mano).*

Ferrón.—*(queriendo recuperar la carta).* No... dámela... es una carta que iba á mandar en seguida con el mucamo de Daniel .. es de apuro... palabra...

Pantaleón.—Esta carta la voy á llevar yo... casualmente... *(leyendo el sobre)* tengo que ir á ver á este buen amigo López.

Elvira.—*(intrigada).* Que López?

Pantaleón.—Es otro López señora, á este no lo conoce Vd. con toda seguridad..

Ferrón.—*(contrariado).* Pero si tu tampoco sabes quien es... es un tercer López.

Pantaleón.—Te prevengo que conservo siempre aquel olfato especial que tenía hace quince años para adivinar las cosas... es el único don que me ha dado la naturaleza...

Ferrón.—Pero, de cualquier manera te vas á tomar una molestia inútil...

Pantaleón.—*(irónico).* Creo que no te puedes ofender porque quiero hacerte ese pequeño servicio... *(á Elvira).* Y no es verdad señora, que Vd. también se alegra de que sea yo el que haga de mensajero á su esposo?

Elvira.—No se que contestarle señor... pero no me parece propio...

Daniel.—*(á Elvira).* Déjelo al señor... que sabe lo que hace ..

Ferrón.—*(á Pantaleón).* No ves... (*trata de quitarle la carta, Pantaleón levanta el brazo*) deja que la lleve el mucamo.

PANTALEÓN.—(*á Elvira*). Sabe lo que merecería Vd?

ELVIRA.—No acierto á adivinarlo...

PANTALEÓN.—Pues merecería que le diera la carta al mucamo...

ELVIRA.—¿Porqué?

FERRÓN.—(*indignado, señalando á Pantaleón*). Ahí lo tienen... Cristo Redentor... andate á. . parar en la Cordillera... andá...

PANTALEÓN.—No, Cristo *Paleteador*... y mañana voy á sentarme á tu mesa...

ELVIRA.—Con mucho gusto señor... Sabe que recién me estoy dando cuenta? .. Hágame el favor de llevar Vd. mismo esa carta, ya que se ha ofrecido tan galantemente...

FERRÓN.—(*optando por reirse*). Ya que todos están contra mí... (*saca un billete de su cartera que entrega á Pantaleón*) es que deben tener razón...

ELVIRA.—(*que se ha fijado en el billete*). Le dás cien pesos?

FERRÓN.—Para pagar el mensajero...

ELVIRA.—(*en voz baja*). Y no tienes cambio más chico?

PANTALEÓN.—Es que la tarifa de mensajeros ha subido una temeridad...

ELENA.—No comprendo absolutamente nada...

ELVIRA.—Me está pareciendo que es mejor que no comprendamos...

PANTALEÓN.—(*á Elvira*). Y ahora señora, me voy á permitir darle un consejo...

ELVIRA.—Le doy mi palabra que lo seguiré al pie de la letra...

PANTALEÓN.—Después de un período de intranquilidad como el que Vds. acaban de pasar, es necesario mucha distracción... y nada distrae tanto como los viajes...

ELVIRA.—¿El señor es médico?

PANTALEÓN.—(*riendo*). No señora .. curandero aficionado...

FERRÓN.—Acepto la idea... (*á Elvira*). Y tú?

ELVIRA.—(*se abraza de Ferrón—caminan*). Yo?.. Haré lo que tu quieras...

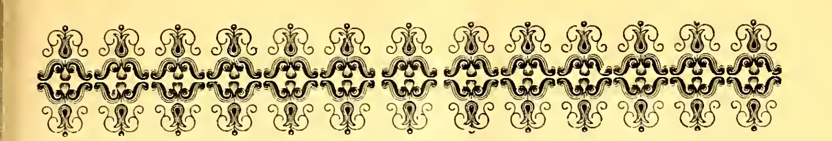
GAUTIER.—(*entra—sorprendido al ver á Ferrón y Elvira abrazados*). Pero aquí hay que tocar la marcha nupcial de Lohengrin!...

FERRÓN.—No... hay que tocar el tango «Golpeá que te van á abrir»...
ELVIRA.—Pero lo traduce al francés, Monsieur Gautier... y lo toca para Vd. solo...
FERRÓN.—(*al público*). Estoy por creer que esta vez acerté...

TELÓN RÁPIDO

Montevideo, Agosto 26 de 1911.

NOTAS.—Quedan autorizados los cortes que se crean necesarios. Las escenas deberán ser llevadas con cierta rapidez. El tipo de Ferrón debe ser muy verboso, alegre, con ese desparpajo... esa independencia insolente que dá una fortuna heredada, á quien nunca tuvo necesidad de preocuparse del *mañana*. El tipo de Elvira deberá ser el de una mujer nerviosa. Los demás, con arreglo al texto.



EPÍLOGO

Como *L'Illustration* de París que al publicar en suplemento las novedades teatrales, reproduce los juicios que ha merecido la obra publicada, hubiera deseado hacer lo mismo por espíritu de imitación... pero como nuestros críticos son muchos, he optado por tomar los extremos: El del diario menos vulgarizado, *El Telégrafo Marítimo*, decano de la prensa del Río de la Plata, y el de *La Razón*, el diario, sinó el más callejero, por lo menos el más *callejeado*. He aquí las opiniones de esos señores:

El Telégrafo Marítimo de Abril 15 de 1912, dice:

Anoche, según lo anunciamos oportunamente, tuvo lugar, en el Victoria Hall, la primera presentación en público de los alumnos de la Escuela Experimental de Arte Dramático que dirige la insigne trágica Jacinta Pezzana. Para ser completamente sinceros, debemos confesar que acudimos al pequeño local de la calle Río Negro, dispuestos á ejercitar toda nuestra benevolencia al juzgar la comportación de cada uno de los nuevos actores, pues el escaso tiempo que lleva de fundada aquella institución no permitía esperar la aparición de artistas hechos y derechos. En cuatro ó cinco meses, no es posible hacer actores dramáticos, tanto más cuanto que la mayoría de los discípulos de la señora Pezzana, son jóvenes que, en virtud de otras ocupaciones más perentorias, no pueden dedicar todo su tiempo al estudio que demanda el difícil arte en el cual se hallan empeñados. Fué así, que experimentamos verdadera sorpresa al encontrarnos con un cuadro de homogeneidad absoluta, con actores educados en una escuela natural y sin afectación, con buena presencia y mejor dicción, sueltos de movimientos y en los que poco ó nada influía la emoción del « debut ». Hay allí, en el conjunto que conocimos anoche, cuatro ó cinco figuras que con el tiempo pueden ser de bellos resultados para el teatro nacional, pues reunen una serie de condiciones verdaderamente excepciona-

les. La señorita Bottaro, por ejemplo, de cara agraciada y de buena figura, completada por una indumentaria muy atrayente, dice con gracia y gesticula con naturalidad, dando á todos sus movimientos cierto cachet artístico muy encomiable. No menos simpática, bonita y elegante, es la señorita Risso, cuya voz de timbre dulce y sonoro y presencia distinguida, le atrajo de inmediato la buena voluntad del numeroso público. Otro elemento que indudablemente hará camino, es la señorita Eirin, quien en el entreacto recitó « El Dolor » de Santos Chocano, con gran desenfado y pose magestuosa.

....

Y pasemos ahora al sexo fuerte.

En este grupo hay también elementos muy estimables. Horacio Dutra, dice con naturalidad y soltura en los movimientos, flexibilidad de voz y gesticulaciones correctas; Arturo Cobas, que no obstante su corto rol, evidenció finos modales, rica gama de sonidos en su garganta y una figura que puede ayudarle en no pocos momentos; Domingo Sapelli, con cierto metal de voz á lo Borrás y buenos resortes cómicos, y por fin Alberto Methol, que nos hizo un doctor Costa muy eficaz.

....
....
....

Claro está, que todo cuanto expusimos anteriormente, está dicho con ciertas reservas muy justificadas. Hay allí defectos que deben disimularse en razón de múltiples circunstancias, pero, en cambio, hay otros que traducen un error solo imputable á precipitaciones ó condescendencias inexplicables. Queremos referirnos á la pieza: «La grande del miércoles,» con la cual hicieron su presentación algunos elementos de la Escuela. La pieza en cuestión, no por ser de un autor nacional, **deja de ser** MALA, **puesto que en ella priman los convencionalismos más ridículos y descabellados que imaginar se puede.** Esta sola consideración — no puede haber pasado inadvertida á la señora Pezzana, artista educada en el arte más puro y conocedora de la *técnica teatral, tan defectuosa en la comedia aludida,* debió ser suficiente para que los alumnos no se tomasen el trabajo de estudiarla, primero, porque la obra tiene *escasos méritos* y segundo, porque una de las cosas que debe cuidarse más en el artista, es la tendencia al buen gusto literario y escénico.

Vayan estas breves críticas, á cambio de lo mucho bueno que pudimos apreciar anoche. Los aplausos que resonaron en la sala, pidiendo la presencia de la respetable anciana en el escenario, es la plena justificación de que su acción al frente de la Escuela Experimental ha sido juzgada como fecunda y de resultados extraordinariamente buenos.

«La Razón», (firmado Teógenes) trae lo siguiente en el número del 20 del mismo mes:

....

....

....

Y llegamos á la novedad de la noche, á la presentación de los alumnos de la Escuela E. de Arte Dramático. Iniciaron éstos su labor con una obra mal escogida, con «LA GRANDE DEL MIÉRCOLES», de un autor nacional que parece se esconde detrás del pseudónimo de J. Courtelou. Con pretensión de **comedia** y sin alientos para no ser más que un **sainete**, la referida obra **ofrece de las más elementales condiciones de lógica y de ingenio.** Está salpicada de algunas felices ocurrencias, no siempre muy originales, y de situaciones de una comicidad dudosa, como la de la noticia de la grande y la escena de la carta, pero sin que se precise una figura ni se vea otra intención, en el autor, que la de hacer reir... á costa de la verdad y del buen gusto. Ha habido, por lo tanto, muy poco tacto en la dirección de la Escuela Experimental de Arte Dramático al escoger una obra de tan escaso mérito para exibición de sus primeras conquistas. Ni los alumnos, si tuvieran arrestos para ello, hubieran podido lucirse en su interpretación, ni su educación intelectual ganará nada con el dominio de tan **pobre literatura teatral.** Al estudio de obras como «Primavera» — la primorosa comedia de nuestro inolvidable «Suplente», fina de concepto, aguda de intención y amable de filosofía — es á lo que debe tender el empeño de la Escuela del Arte Dramático. Un lenguaje **vulgar, incorrecto hasta gramaticalmente,** no puede preparar ningún elemento bueno para la escena de nuestro futuro teatro, como no prepara ningún discípulo medianamente aceptable la escuela que adolece de defectos capitales en su programa. Y en el teatro la manera de expresarse y conducirse es una de las condiciones más fundamentales del artista. Fruto de esta precipitación en escoger **una obra defectuosa en su estructura interna y externa**..........

....

....

....